

la misma paternidad, nuestro objeto se ha llenado de sobra y mucho más allá de nuestras aspiraciones. Agradecemos, pues, a la hábil y galana pluma de *Eriel* la vulgarización de nuestros artículos publicados en *Eos* y llevados por ella hasta los últimos rincones del país.

Pero la nota editorial de *Eos* es verdadera. *Eriel* no es *Eremita*.

EREMITA

Dice *El Imparcial*: Esos bonos (los que el Gobierno dió a los Bancos) son «oro», amigo Eremita, *pues como tal los computan* «los interventores ad hoc», y AUNQUE EL METAL FUE EXPORTADO para aquella operación, sigue y seguirá figurando en los arqueos». Esto parece una tomadura de pelo a «los interventores ad hoc», pero por si no lo fuere, anotamos esta curiosidad: *el metal fue exportado*, pero se quedó el oro. Por el mismo procedimiento se podrían convertir en oro hasta los billetes del Banco Comercial quebrado... aunque tal vez no sea posible por carecer la *mortuoria* del *metal* exportable.

EREMITA



## NOVEDAD LITERARIA

Acaba de ponerse a la venta el segundo cuaderno de la «Biblioteca Renovación», titulado *Clopinel*, escrito por el notable literato francés Anatole France. Precio: 15 CÉNTIMOS.

# Recuerdos de mi juventud

## El primer amor

Era allá por los años de 1843 a 1844. La República estaba fatigada con esa larga lucha en que el partido liberal había derramado su sangre más generosa en los combates y en los patibulos. Aquellos eran malos días para la democracia: el partido vencedor proclamaba en voz alta que el país se perdía por falta de creencias y de fuerza en el poder público: la reacción contra la libertad se mostraba triunfante, en el orden político con la Constitución de 1843, y en el orden religioso con los jesuitas, que entonces se importaron de Europa.

La prensa liberal había enmudecido: los ciudadanos temblaban ante la *ley de medidas de seguridad*, que los amenazaba como un espectro. Si mis recuerdos no me engañan, las ideas estaban en Bogotá de tal manera trastornadas, que hablar con entusiasmo de democracia, de soberanía de las masas, de ensanche del poder municipal, de libertades públicas, equivalía a sentar plaza de espíritu débil, soñador y utópico. El movimiento reaccionario había penetrado en las costumbres: la república era como una cosa de mal gusto. En las creencias reinaba la más completa intolerancia, y la gazmoñería y el ultramontanismo estaban al orden del día.

El cetro de la oratoria pertenecía a don Clímaco Ordóñez, que templaba en los Congresos, con su palabra elocuente y conciliadora, la impresión acre e irritante de los discursos de don Mariano Ospina, en los cuales éste derramaba sin rebozo su desprecio ingénito por todas esas zarandajas que se llamaban garantías de los ciudadanos, derechos populares, soberanía de las masas, democracia y república.

Don Juan de Dios Aranzazu, que después de una juventud borrascosa pronunciaba un *pecavi* tardío, era uno de los oráculos de entonces. En calidad de paisano y de joven, pues este señor miraba con predilección a la juventud, yo